

DESDE PARIS

## FRANCIA, ENTRE POMPIDOU Y POHER DOS FORMAS DE LA DERECHA

Elecciones frías, elecciones sin pasión. El primer domingo de junio, en Francia, el más discutido de los acontecimientos era el partido de fútbol entre el Burdeos y el Saint Etienne. En París, el acontecimiento era el sol. Un sol pálido, sí, deslucido como el as de oros de una vieja y manoseada baraja de taberna, flotando en un cielo blanquecino; pero era el primer sol después de unos días de torrencios de lluvia, y era domingo, y la atracción terrible de salir a la carretera, o el tropismo, el instinto de la huida de la ciudad, se imponía. En mayo del año pasado, en plena huelga general, en plena revuelta, los parisenses acaparaban gasolina, la ahorraban, la robaban, la imploraban para poder salir de la ciudad el domingo. En este primero de junio se precipitaban desde los primeros minutos a los colegios electorales para poder, inmediatamente, lanzarse a las carreteras. Los que quedaban en la ciudad se disputaban las buenas mesas soleadas de las terrazas de los cafés, jugaban a la petanca o a la «ballotta» en los jardines del Luxemburgo, paseaban a lo largo de las calles sin tráfico.

¿Dónde está el caos que profetizaba De Gaulle? A veces, un cierto caos puede ser también una ausencia de caos. Recuerdo haber presenciado en mi vida elecciones sangrientas, elecciones a disparos y pucherazos, con las tropas en las calles y los votantes huidizos y asustados. Eso era el caos. En los últimos tiempos voy viendo —en noviembre, en los Estados Unidos; ahora, en junio, en Francia— estas otras elecciones desmayadas, alicaídas, sin ningún brío, resignadas, como si todo el juego estuviese ya hecho y sin remedio, pérdida la fe en la virtud electoral democrática. Es otro caos. Un desastre tranquilo, invisible. Cuando, dos domingos más tarde, se celebre el segundo turno, el desmayo será aún mayor, porque ya sólo habrá opción entre los dos primeros de la lista, entre Pompidou o Poher. Es decir, entre dos formas de la derecha, o quizá una sola forma de la derecha con distintos nombres. Los más agudos, los más bizantinos pensadores de la izquierda llevan un mes discutiendo entre sí cuestiones de matiz para saber quién es más de derecha, si Poher o Pompidou, operación que sólo han interrumpido para entregarse durante la campaña electoral a otra más apasionada, la de negarse entre sí la verdadera representación de la izquierda, la de destruirse mutuamente. Para llegar al triste lunes postelectoral y entregarse al estéril, al inútil juego de la ucronía: «Si la izquierda se hubiese presentado unida...». Si, si la izquierda se hubiese presentado unida en torno a un hombre prestigioso y realista probablemente dentro de quince días hubiese situado en el Eliseo un Presidente de la República, posiblemente lo hubiese tenido desde este primer turno. No basta la operación simplista de sumar los votos obtenidos por la izquierda en este primer turno. En esta gran ceremonia de la confusión política, muchos sectores de la izquierda han votado por la derecha. En primer lugar, porque la izquierda se presentaba como una imposibilidad, y el francés es siempre posibilista. En segundo lugar, porque estos posibilistas de la izquierda buscaban unas briznas, unos ecos de su propia política entre las palabras de Pompidou y las de Poher. Pompidou ofrece aún el recuerdo de la participación obrera en las empresas que había prometido, con De Gaulle, durante los acontecimientos de mayo de 1968, pretende continuar aislado del atlantismo, realizar una política exterior de coexistencia pacífica, y arrastra, en suma, una cierta herencia de la demagogia popularista del General. En cuanto a Poher, parece representar una República más abierta, una forma de borrar la autocracia pasada mediante la ampliación de los poderes parlamentarios y la reducción de los presidenciales. Para los posibilistas de la izquierda, había en estos puntos excelentes

razones para una buena conciencia de voto. «Si hubiese habido una candidatura única de la izquierda...». Pero no la hubo. Y, ahora, sobre la nostalgia, sobre la derrota, comienza de nuevo la querrela. Cada partido acusa a todos los demás de no haber permitido la existencia de esa candidatura única. Cada partido se declara mantenedor de la forma de candidatura única y acusa a los demás de no haberla favorecido, de haberla traicionado, de haberla evitado.

Para los partidos de la izquierda no comunista, la derrota es sencillamente aplastante. Se acentúa, se extrema en el partido socialista, no sólo en los dos nombres de Defferre y Mendès France —que un día fueron brillantes, esperanzadores, nuevos, y que esta semana son dos trágicos peleles, dos cadáveres políticos—, sino en el conjunto de lo que se llama socialismo. Es un hundimiento, una esclerotización. Ni aun sumando los votos de sus disidentes de la izquierda —el PSU de Michel Rocard— el socialismo reformista francés y sus alianzas de la izquierda burguesa ofrecen un porcentaje digno. Tendrá, sin duda, que hacer una autocritica profunda, una revisión y un análisis de sí mismo si no quiere desaparecer por el mismo camino por el que desapareció ya hace mucho tiempo el partido que fue durante años la columna vertebral de la política francesa: el radical.

Junto a esta derrota visible, ha habido otra invisible, una causa notablemente importante precisamente por su invisibilidad: la del General De Gaulle. De Gaulle no perdió solamente el referéndum que ha dado lugar a estas elecciones, sino estas mismas elecciones, donde su nombre apenas ha sido pronunciado por nadie, donde ha sido tragado por las aguas de la nueva política. No hay un eco de nostalgia (quizá la haya más adelante), no hay apenas una lamentación. El General continúa su comedia solitaria y melodramática, jugando a que está exiliado en Irlanda —ha llevado su mimetismo de la monarquía absoluta hasta imaginar y representar un exilio, hasta creer que su pérdida de votos fue un destronamiento, hasta suponer que estas elecciones pasadas son una revolución—, enviando a votar por delegación a una sirviente de su casa —él, que se hizo representar por ministros, generales, almirantes, embajadores—, hasta no pronunciar una palabra para no influir sobre un país que, en realidad, ha rechazado su influencia. ¿Cuáles son hoy los residuos del degolismo en Francia? Los que Pompidou ha querido jugar hábilmente a su favor para arrastrar los votos de los posibilistas de la izquierda perpleja o los nostálgicos de la «grandeur» nunca lograda, siempre prometida. Pero, claro está, no es posible creer seriamente que Pompidou sea un continuista, aunque sí lo sigan sosteniendo sus exégetas. Pompidou va a mantener, esto es claro, las estructuras administrativas de la V República que De Gaulle se sacó de la manga, de la bocamanga estrellada. Son las estructuras de la autocracia, de la Constitución que fortalece el poder unipersonal a largo plazo —siete años— y de un gobierno que actúa por delegación, que disminuye el papel de la Asamblea, la importancia de las elecciones legislativas, el juego libre de los partidos. Pero lo que va a meter dentro de esta forma administrativa es probablemente algo muy distinto de lo que estaba tratando de hacer —o diciendo que trataba de hacer— el General De Gaulle. Evidentemente. De ser igual, no habría hecho falta el cambio. Pompidou comenzó a aparecer como un revisionista del degolismo hace un año, comenzó a separarse de la política de su maestro y a buscar alianzas en la extrema derecha y en los sectores internacionales. Tardará dos, cinco, seis meses en dar la vuelta a los jalones políticos del General, pero lo hará. Es una tradición política de los «segundos» cuando suce-





La puerta de la «Casa Blanca» se cierra tras Georges Pompidou. Falta poco para que Francia se pronuncie. El heredero del degollismo está tranquilo: sabe que todo va bien.

den a los «primeros». Es Truman sucediendo a Roosevelt, es Johnson sucediendo a Kennedy. ¡Qué susto se van a llevar los posibilistas y los degollistas que la votaron, que le votarán!

Hablo de lo que va a hacer Pompidou como si aún no faltara el segundo turno, que es el que debe elegir realmente Presidente. No es por don profético, sino por la propia condición de las cifras del primer domingo, en las cuales, haciendo abstracción de los otros candidatos, Pompidou presenta más del doble de votos que su ya único contrincante, Alain Poher. La corriente parece clara. Pero no se puede realmente hacer abstracción de los otros candidatos, o de los votos que han ido a parar a los otros candidatos. Menos que de ninguno, de Jacques Duclos, candidato del partido comunista, que por unos cuantos votos no ha sido el segundo, el designado para enfrentarse a Pompidou en el otro turno. Al elegir entre siete candidatos, un francés de cada cinco se ha inclinado por el partido comunista. En la jornada electoral, Duclos ha doblado los votos que le concedían la víspera los cálculos de los organismos de auscultación pública. Es en esta cifra en la que los comentaristas se basan para indicar que si la izquierda hubiese tenido un candidato único hubiera triunfado. Es decir, si la izquierda hubiese tenido un candidato único que hubiese contado con el partido comunista. No lo quiso hacer. La izquierda francesa es un residuo del anticomunismo creado en la postguerra y mantiene aún vivo ese reflejo antiguo. Es un detalle psicológico. Pero su principal razón material es la de saber precisamente que el partido comunista sigue teniendo un peso decisivo en Francia, y temen que, precisamente por esa fuerza, toda alianza con el

comunismo suponga ser digerida por la fuerte maquinaria política del partido. Condenando la acclón soviética en Checoslovaquia, alejándose abiertamente de las revueltas de mayo de 1968, mostrándose incluso en esta campaña con un aspecto de social-democracia avanzada para moderar en mucho el término de «revolución», que se vende mal en Francia ahora —el candidato que proclama la revolución, Krivine, ha quedado el último de la lista; bien es cierto que la etiqueta de trotskismo es mala y provoca reflejos contrarios simultáneamente en la izquierda y en la derecha—, el partido comunista tiene una posición muy sólida después de estas elecciones. Ha demostrado que no hay izquierda sin comunismo.

Pero, ¿dónde irán a parar los votos de Duclos en el segundo turno? Una cosa es la decisión del Comité Central del Partido y la disciplina de voto de los militantes, y otra es la realidad de esa masa electoral que ha seguido a Duclos. No es una masa. El partido comunista francés tiene algo más de cuatrocientos mil afiliados militantes, pero el candidato del partido comunista francés ha tenido cerca de cinco millones de votos. Quiere decirse que, en cifras redondas, cuatro millones y medio de franceses no militantes, no afiliados al partido, han votado a Jacques Duclos. ¿Cuántos de estos votos irán ahora a Alain Poher, cuántos a Pompidou? ¿Cuántos se dejarán llevar por el reflejo de la lucha contra la autocracia, cuántos por el del arrastre de la demagogia degollista, hoy pompiduliana? ¿Cuántos se abstendrán? Todo este juego está ahora desarrollándose en este intermedio entre los dos turnos. Lo que decidan los estados mayores de los partidos es menos importante



## FRANCIA, ENTRE POMPIDOU Y POHER

(Viene de la página 5)

que lo que decida cada francés en su interior. «De un francés se puede saber todo excepto el dinero que tiene y cómo va a votar», decía un francés célebre, anterior a las calculadoras electrónicas, que tampoco le han quitado todo su valor (esta vez, los cálculos electrónicos sólo se han aproximado muy relativamente a la verdad y han cometido errores de bulto).

La derecha ya se está preparando ante esta eventualidad. Su primera operación, cuando aún no estaban terminados de contar los votos, fue intentar por todos los medios que Poher se retirase, de forma que hubieran de quedar frente a frente, en el segundo turno, Pompidou y Duclos y así radicalizar la situación a la manera clásica entre comunismo y anticomunismo. A pesar de todas las presiones —y fueron muy fuertes—, Poher decidió no retirarse. Entonces ha comenzado la segunda operación: tañir de comunismo a Poher —lo cual resulta sencillamente ridículo—, indicando que sus únicas esperanzas están en los votos comunistas —o sea, en los que ahora han favorecido al candidato comunista—, del que sería «prisionero», mientras Pompidou se enorgullece solamente de tener los votos «nacionales»; palabras de Debré, en la radio, durante la noche electoral, palabras repetidas en esta segunda campaña, de forma que, por una curiosa y ya antigua y nunca abandonada fórmula, Poher estaría excluido de lo «nacional». Recurso retórico que probablemente no sea muy necesario, además de no resultar excesivamente eficaz, porque Pompidou tiene ya las matemáticas electorales muy a su favor.

Todo esto dicho, regreso a la opinión de que entre Pompidou y Poher, entre Poher y Pompidou, las diferencias políticas reales son escasamente apreciables, que son dos formas tácticas de la derecha y que, por lo tanto, el pasmo y la perplejidad del votante deberán aún ser mayores el 15 de junio de lo que han sido el primero de junio, salvo que la campaña electoral encuentre algún sistema para electrizar la situación y para polarizar la vida hacia la política electoral. No se trata de politizar la vida, que lo está, aunque por senderos distintos. Las largas filas de espera, las salas llenas y las reacciones de aplauso ante dos películas de carácter político, como son «If...» y «Z» —los títulos tienden a esquematizarse esta temporada—, muestran que la politización existe. Los suspicaces no saben lo que se pierden al rechazar, al desconfiar de estas películas, que circunscriben, delimitan, localizan el mal a, por ejemplo, una supuesta pero repetida aludida Grecia de los coroneles, o una escuela pública inglesa, disciplinaria, sádica y tonta. Los millares y millares de espectadores de aquí contemplan y repudian el mal lejano, distante y ajeno. Su buena conciencia está hecha. Y, dentro de dos domingos, tendrán que votar por Poher o por Pompidou...



En la sede del comité de apoyo a Alain Poher, calle Vaugirard, se ponía a mal tiempo buena cara: había que ahogar los mediocres resultados con un poco de champán.

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

● El sacerdote Enrique Pereira Neto, profesor de la universidad de Recife y consejero personal, para asuntos universitarios, de monseñor Helder Cámara, ha sido asesinado por elementos de extrema derecha brasileños.



● A los gritos de «estáis utilizando corazones de negros», un grupo de manifestantes atacó el hospital Groote Schuur, de El Cabo, donde Barnard suele llevar a cabo sus trasplantes.

● A sólo unos días de la entrevista que celebrarán en la isla de Midway Nixon y Van Thieu, los dirigentes de Salgón se obstinan en rechazar todo proyecto que implique un gobierno de coalición en Vietnam del Sur.

● Se encuentra en España, en visita oficial, una misión comercial cubana, presidida por el vicepresidente de Comercio Exterior, con el fin de ampliar las relaciones comerciales entre Cuba y España.

● En opinión del corresponsal en Atenas del diario parisino «Le Figaro», la ola de procesos que se lleva a cabo en Grecia podría revelar la existencia de un serio movimiento de resistencia al régimen actual.

● Después del reconocimiento de Alemania del Este por parte de Camboya, Irak y Sudán, el gobierno de Alemania Federal se encuentra dividido respecto a las posibles sanciones económicas a dichos países.



● Siguen los incidentes provocados por la visita de Rockfeller a algunos países de América Latina: a su llegada a La Paz, el gobierno boliviano tuvo que aconsejarle que no saliera del aeropuerto por temor a un atentado.

● Al término de una serie de negociaciones, la redacción del semanario alemán «Stern», liberal de izquierdas, ha adquirido de los propietarios de la revista un derecho de veto sobre la orientación de la publicación.

● Según refleja el balance semanal de la Banca de Francia, se ha experimentado —por primera vez desde hace cuatro meses— un regreso importante de divisas, que totalizan ochenta millones de dólares.

● Una serie de violentos incidentes en Willemstad, capital de las Antillas holandesas, precedió a una huelga incontrolada de más de 5.000 obreros que debió ser reprimida por refuerzos militares enviados desde La Haya.

● «Se declara la guerra de religión», titula el diario «L'Osservatore Romano» a propósito del debate sobre el divorcio en Italia, que amenaza con el hundimiento de la mayoría gubernamental.

● Miembros de la Resistencia palestina han volado el oleoducto de Golan, en las alturas de Golan, provocando un gran incendio en toda la zona.

● Precediendo al próximo viaje de Pablo VI a Ginebra, la Iglesia nacional protestante de dicha ciudad ha hecho saber su imposibilidad de reconocer la doctrina oficial de la Iglesia romana.



● Después de una visita de quince días a Polonia —donde mantuvo amistosos contactos con las autoridades polacas—, el padre Arrupe, general de los jesuitas, se ha trasladado con idéntico fin a Checoslovaquia.

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX